

ro. El ejército, por el contrario, recibe con entusiasmo al libertador de Roma y arroja de sus filas á los hijos del rey. Dos de ellos siguieron á su padre al destierro de Cerea en la Etruria: Sexto, que se había retirado á Gabinia como á sus propios estados, pereció allí, muerto por aquellos cuyos odios excitó en otro tiempo con sus asesinatos y rapiñas.

Tarquino el Soberbio reinó veinticinco años; siendo el tiempo que reinaron todos los reyes desde la fundación de Roma hasta su libertad doscientos cuarenta años. Reunidos entonces los comicios por centurias y convocados por el prefecto de Roma, según el proyecto de Servio, nombraron dos cónsules, Junio Bruto y Tarquino Colatino.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

ro. El ejército, por el contrario, recibe con entusiasmo al libertador de Roma y arroja de sus filas á los hijos del rey. Dos de ellos siguieron á su padre al destierro de Cerea en la Etruria: Sexto, que se había retirado á Gabinia como á sus propios estados, pereció allí, muerto por aquellos cuyos odios excitó en otro tiempo con sus asesinatos y rapiñas.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Bruto hace jurar al pueblo que no consentirá más reyes en Roma; obliga á su colega Tarquino Colatino, sospechoso por ser pariente de los Tarquinos, á abdicar el consulado y á salir de la ciudad; entrega al pillaje los bienes de la familia real y consagra á Marte el terreno que después se llamó Campo de Marte; hace decapitar á los jóvenes patricios, á sus propios hijos y á los de su hermano, que conspiraron para restablecer á los Tarquinos; concede libertad á su denunciador, el esclavo Vindicius, y de aquí viene la palabra *vindicta*.—Guía al ejército contra los príncipes que venían en guerra contra Roma con las fuerzas reunidas de los veyos y tarquinos; perece en el combate con Aruncio, hijo de Tarquino el Soberbio. Las matronas romanas llevan luto durante un año.—El cónsul Valerio hace aprobar una ley que consagra el derecho de apelación al pueblo.—Dedicación del Capitolio.—Porsena, rey de Clunio, se arma en favor de los Tarquinos y avanza hasta el Janículo, pero el valor de Horacio Cocles le impide atravesar el Tíber.—Horacio, mientras á su espalda cortan el puente de madera, sostiene solo el choque de los etruscos, y cuando cae el puente se arroja armado al agua y se reúne á nado con los suyos.—Mucio da otro ejemplo de valor; penetra en el campamento enemigo para matar á Porsena; asesina á un secretario, á quien confunde con el rey; preso, coloca la mano sobre el altar donde acaban de celebrar un sacrificio, la deja abrasar y declara que tres-

cientos romanos han jurado, como él, matar al rey.—Vencido por la admiración que le causan aquellas acciones heroicas, Porsena acepta las condiciones de paz, renuncia á la guerra, recibe rehenes, entre los que se encuentra una joven, Clelia, que burla la vigilancia de los centinelas y vuelve á los suyos, cruzando á nado el Tíber. Devuélvenla á Porsena, quien la restituye honrosamente. Ap. Claudio abandona el país de los sabinos para establecerse en Roma, lo cual da lugar á la formación de la tribu Claudia. Aumentase el número de las tribus, que llegan á veintiuna.—Tarquino el Soberbio vuelve á atacar á Roma á la cabeza de un ejército de latinos.—Victoria del dictador A. Postumio, cerca del lago Regilo. El pueblo, con motivo de la prisión de los deudores, se retira al monte Sacro. Menenio Agripa, con prudentes consejos corta la rebelión. Muere con tal pobreza, que se le entierra á expensas del Estado.—Creación de cinco tribus del pueblo.—Toma de Coriöla, ciudad de los volscos; débese al valor y actividad de C. Marcio, á quien por este hecho se le da el nombre de Coriolano. T. Atinio, plebeyo, recibe en una visión orden de comunicar al Senado ciertos hechos que interesan á la religión; no lo hace, pierde á sus hijos, y él mismo queda paralítico. Llevado en litera al Senado, cumple el mandato, recobra el movimiento de las piernas y regresa andando á su casa.—C. Marcio Coriolano, condenado á destierro, llega á ser general de los volscos y lleva un ejército delante de Roma. Los legados, y después los sacerdotes que le envían, le ruegan en vano que no haga guerra á su patria; Veturia, su madre, y su esposa Volumentia consiguen de él que se retire.—Primera ley agraria.—Sp. Cassio, varón consular, acusado de aspirar al trono, es condenado á muerte y ejecutado.—La vestal Oppia, convencida de incesto, es enterrada viva.—Los veyos aprovechan su proximidad para atacar á Roma, siendo sus hostilidades más incómodas que peligrosas. La familia de los Fabios pide se le encargue de esta guerra y marcha contra el enemigo en número de trescientos seis combatientes, quedando deshechos cerca de Cremera; de esta familia solamente sobrevive un niño muy pequeño que dejaron en Roma.—El cónsul Appio Claudio, á consecuencia de un contratiempo que experimenta contra los volscos por la insubordinación del ejército, diezma los solda-

dos y hace morir á palos á los designados por la suerte. Expedición contra los volscos, los equos y los veyos.—Disensiones entre el Senado y el pueblo.

En adelante trataré de lo que el pueblo romano, libre ya, hizo en la paz y en la guerra, de sus magistrados anuales y del imperio de sus leyes, más poderoso que el de los hombres. La soberbia del último rey fué causa de la alegría con que fué recibida la libertad; porque los reyes anteriores habian gobernado de tal manera, que en lo sucesivo se les consideró con justicia como fundadores de aquellos barrios de la ciudad que destinaron por morada á la multitud, aumentada bajo su reinado; y no puede dudarse que aquel mismo Bruto, que tanta gloria alcanzó con la expulsión de Tarquino el Soberbio, habria causado grandísimo daño público, si por deseo de prematura libertad hubiese arrojado del trono á alguno de los reyes anteriores. ¿Qué habria sucedido si aquella aglomeración de pastores y de hombres de todas las comarcas que habian huído de su patria y obtenido bajo la protección de un templo inviolable, si no la libertad, al menos la impunidad, una vez libre del temor del poder real, hubiese comenzado á verse agitada por las tempestades tribunicias; y si en una ciudad que todavía les era extraña, hubiese entablado lucha con los patricios, antes de que los lazos de matrimonio, de paternidad y el cariño al mismo suelo, al que solamente nos adhiere el tiempo, no hubiese reunido todos los ánimos en comunes intereses? La discordia habria destruído el Estado que aún carecía de vigor; mientras que la tranquila influencia de un poder moderado desarrolló de tal manera sus fuerzas, que llegado á la madurez, pudo soportar los dulces frutos de la libertad. Por lo demás, si en esta época se ha de fijar el origen de la libertad, antes es por que se fijó

en un año la duración de la autoridad consular, que á causa de la disminución que pudo experimentar la autoridad real; porque los primeros cónsules conservaron todos sus derechos y todas sus insignias. Solamente que para no aparentar que se redoblaba el terror que inspira la autoridad suprema, se cuidó de no conceder los haces á los dos cónsules á la vez. Bruto los obtuvo primero, debiéndolo á la consideración de su colega; Bruto no mostró más ardimiento por conseguir la libertad que por conservarla después. Primeramente, aprovechando el entusiasmo del pueblo por la libertad naciente, y temiendo que más adelante se dejase seducir por los ruegos ó por los presentes del rey, le hizo jurar solemnemente que no consentiría que nadie reinara en Roma. En seguida, para que el Senado se robusteciese con el número de sus miembros, disminuídos considerablemente por la crueldad del último rey, los elevó á trescientos, completándolo por medio de elección entre los varones más insignes del orden ecuestre: dícese que de esto dependió que en el Senado se llamase á unos padres, y á otros concriptos, dándose este nombre á los llamados para formar parte del nuevo Senado. Admirable es cuánto contribuyó esta medida á mantener la concordia en el Estado y á unir al pueblo con los senadores.

Ocupáronse en seguida de las cosas divinas; y como los reyes habían tenido el privilegio de ofrecer por sí mismos ciertos sacrificios públicos, para quitar todo deseo de reyes se creó uno de los sacrificios. Este sacerdocio quedó sujeto al pontífice máximo, por miedo de que si se añadía alguna prerrogativa á este nombre, sobreviniese peligro á la libertad, que era entonces el primer cuidado de todos; é ignoro si se traspasaron los límites tomando hasta las precauciones más minuciosas para fortalecerla; porque cuando nada quedaba ya que

podiese ofenderla, fué objeto de inquietud el nombre del segundo cónsul (1). Decíase que los Tarquinos estaban demasiado acostumbrados á reinar, habiendo comenzado Tarquino el Viejo; que Servio Tulio había reinado en seguida; pero que no obstante esta interrupción, Tarquino el Soberbio no había renunciado á la corona, y que lejos de considerarla como ajena se apoderó de ella por medio de la violencia y el crimen, estimándola como patrimonio de familia; que después de la expulsión de este último, el poder había pasado á manos de Colatino; que los Tarquinos no podían vivir en condición privada; que hasta su nombre desagradaba y era peligroso para la libertad. Estas consideraciones, destinadas á tantear los ánimos, se extienden poco á poco por toda la ciudad y despiertan la suspicacia del pueblo, cuya asamblea convoca Bruto. En ésta pronuncia la fórmula del juramento por el que se habían obligado todos los romanos á no consentir jamás en Roma ni rey ni á quien pusiese en peligro la libertad. Añade en seguida que este es el fin á que deben encaminarse, y que no ha de omitirse nada de lo que pueda llevar á su consecución; que hacía esta proposición á disgusto, pensando en el varón que daba lugar á ella, pero en él dominaba el amor á la libertad; que el pueblo romano no cree haber conseguido la libertad completa; que todavía existe en Roma la raza y el nombre de los reyes, que ocupa la magistratura suprema; que esto obscurece y pone trabas á la libertad. «Oh, tú, Lucio Tarquino,

(1) El mismo motivo asigna Tito Livio en otro pasaje á la abdicación de Colatino. Pisón, según Aulo Gelio, atribuía también á celo por la libertad el odio de que había venido á ser objeto el nombre del colega de Bruto. Otros historiadores creen que, habiendo permanecido en Roma Colatino y habiendo tomado la defensa de sus parientes, enemigos de la república, fué acusado y desterrado.

exclama, libranos voluntariamente de este temor: confesamos que arrojaste á los reyes: termina ese generoso trabajo: lleva lejos de aquí el nombre real. Yo aseguro que tus conciudadanos te entregarán todos tus bienes, y, en caso necesario, su generosidad los aumentará! ¡Marcha, pues, amigo, del pueblo romano! Liberta á la ciudad de un temor, quizás infundado; pero todos los ánimos están convencidos de que la autoridad real no desaparecerá si no es con la familia de los Tarquinos.»

El asombro que produjo al cónsul aquella inesperada y repentina proposición le quitó al pronto el uso de la palabra; y cuando quiso contestar, los ciudadanos más notables le rodearon, repitiendo con instancias las mismas súplicas. Sin embargo, no podían decidirle; pero cuando Septimio Lucrecio, con la autoridad que le daban sus años, su dignidad personal y título de suegro, empleando todos los medios de persuasión, le rogó y aconsejó sucesivamente que accediese al unánime deseo de todos sus conciudadanos, el cónsul, temiendo que al descender á la condición particular se le exigiese el mismo sacrificio, añadiendo la confiscación de sus bienes y otras medidas ignominiosas, abdicó al fin el consulado, y, habiendo hecho trasladar en seguida sus riquezas á Lavinia, salió de Roma. Bruto, por medio de un senatus-consulto, hizo decretar al pueblo el destierro de todos los miembros de la familia de los Tarquinos, y reuniendo en seguida los comicios por centurias, creó cónsul á P. Valerio, que le había ayudado á expulsar á los reyes.

Aunque nadie dudaba que amenazaba una guerra con los Tarquinos, ocurrió ésta más tarde de lo que se esperaba. Pero lo que no se temía era que la libertad estuviese á punto de perderse por perfidia y traición. Existían en Roma algunos jóvenes de elevada alcurnia, que, bajo los reyes, se entregaban holgadamente á sus pasio-

nes; siendo de la misma edad y compañeros de los hijos de Tarquino, y acostumbrados á la vida de las cortes, desde que todos los derechos habían venido á ser iguales lamentaban la pérdida de sus privilegios y se quejaban entre sí de que la libertad de los demás era esclavitud para ellos. «Un rey, decían, es un hombre de quien todo se puede conseguir, téngase derecho ó no; un hombre con el que está abierto el campo al favor, abierto á los beneficios, que puede perdonar y castigar y que sabe distinguir entre el amigo y el enemigo. Las leyes, por el contrario, sordas, inexorables, son más favorables y más útiles al pobre que al poderoso. No tienen clemencia, no tienen piedad para el que se atrevió á infringirlas. Es peligroso, cuando á tantos errores lleva la debilidad humana, no tener otro apoyo que la propia inocencia.» Así estaban agitados los ánimos cuando llegaron á Roma emisarios de la familia real, que venían á reclamar los bienes de los Tarquinos, sin hablar de su regreso. El Senado los oyó y deliberó durante muchos días acerca del objeto de su misión. Negar era dar pretexto para que declarasen la guerra; ceder era suministrar recursos para hacerla. Entre tanto los emisarios hacían cada cual por su lado diferentes tentativas; hablaban francamente de la restitución de los bienes, y en secreto preparaban los medios para recuperar el trono. Fingiendo que procuraban conseguir buen éxito en el asunto que aparentemente les había reunido, acercábanse á los jóvenes patricios y sondeaban sus ánimos, entregando cartas de los Tarquinos á aquellos que les escuchaban con agrado y entendiéndose con ellos para que les introdujesen secretamente y de noche en la ciudad.

Este proyecto se comunicó en primer lugar á los hermanos Vitelio y Aquilio. Una hermana de los Vitelios había casado con el cónsul Bruto, y de este matrimo-

nio habían nacido dos hijos, Tito y Tiberio, que ya eran adolescentes, y sus tíos les reciben en la conspiración, admitiendo también á otros jóvenes nobles, cuyos nombres ha hecho olvidar el tiempo. Entre tanto había triunfado en el Senado la opinión de los que querían que se devolviesen los bienes, y entonces, tomando los emisarios por pretexto para prolongar su permanencia el plazo que les habían concedido los cónsules, con objeto de reunir los vehículos necesarios para trasportar lo que pertenecía á la familia real, emplearon todo el tiempo en concertarse con los conjurados, consiguiendo de ellos, á fuerza de instancias, una carta para los Tarquinos; porque de otra manera, ¿cómo acreditar que no eran ilusorios los relatos de los legados en asuntos de tanta monta? Aquella carta que les entregaron los conjurados como prueba de seguridad, sirvió para demostrar el crimen; porque cenando los emisarios por casualidad la víspera de su marcha en casa de Vitelio, y habiendo los conjurados, después de alejar á todos los testigos, departido extensamente, como suele acontecer, acerca de sus nuevos proyectos, un esclavo, que ya había notado lo que ocurría, escuchó sus palabras, pero esperó el momento en que entregasen la carta para que, apoderándose de ella, no quedase duda de la traición. En cuanto quedó convencido de que los emisarios la tenían en su poder, marchó á revelarlo todo á los cónsules, quienes acudieron en seguida á prender á los emisarios y á los conjurados y sofocaron la conspiración sin el menor ruido. Su primer cuidado fué asegurarse de la correspondencia; aherrajaron en el acto á los traidores, pero vacilaron por un momento en cuanto á los legados, y aunque parecía que enes habían expuesto á que se les considerase como enemigos, prevaleció sin embargo el derecho de gentes.

La restitución de los bienes del rey, concedida ya,

volvió á ser objeto de deliberación en el Senado, que, cediendo al enojo, se negó á realizarla y hasta rehusó declarar aquellos bienes del dominio público, sino que los abandonaron al pillaje del pueblo, con objeto de que habiendo puesto mano sobre los bienes de los reyes, perdiese para siempre la esperanza de hacer la paz con ellos. El campo de los Tarquinos, situado entre la ciudad y el Tiber, quedó consagrado al dios Marte, y después fué el Campo de Marte. Encontrábase entonces cubierto de trigo á punto de siega, y como obstaba un escrúpulo religioso para aprovechar la cosecha de aquel campo, enviaron considerable número de hombres, que cortaron la espiga con la paja, y colocándolo todo en cestas, lo arrojaron al Tiber, cuyas aguas estaban bajas, como suelen estarlo en los grandes calores. Dicese que aquel trigo se depositó por montones en el fondo, cubriéndolo el limo, y que poco á poco, acumulándose sobre él todo lo que arrastraba el rio en su corriente, se formó una isla (1); por mi parte creo que, andando los tiempos, llevaron tierras á aquel punto, y que la mano del hombre contribuyó á dar bastante altura y solidez á aquel paraje para sostener templos y pórticos. Después del pillaje de los bienes de la familia real, condenóse á muerte á los traidores, y aquel suplicio fué tanto más notable, cuanto que el consulado impuso á un padre el deber de hacer dar la muerte á sus propios hijos, y que la suerte eligió precisamente para presenciar la ejecución al que debió alejar de tan terrible espectáculo. Véase atados á los postes jóvenes de la nobleza más elevada; pero las miradas se separaban de todos, como si fuesen desconocidos, para

(1) Esta es la isla que se ve en la parte del Tiber que se separa hacia el Oriente, entre el Campo de Marte y el Janículo. Consagróse á Esculapio, y allí tuvo un templo célebre, sobre cuyo emplazamiento se alza hoy la isla de San Bartolomé.

fijarse únicamente en los hijos del cónsul; y tal vez se deploraba menos el suplicio que el crimen que lo había merecido. En aquel mismo año habían formado el designio de hacer traición á su patria, apenas libertada; á su padre, el libertador; al consulado, que había nacido en su familia; al Senado, al pueblo, á todos los dioses y ciudadanos romanos, para entregarlos á un malvado, que habiendo sido antes soberbio tirano, ahora se atrevía á amenazarles desde su destierro. Llegan los cónsules á sentarse en sus sillas cúrules y mandan á los lictores que comiencen la ejecución. En el acto despojan éstos de sus vestiduras á los culpables, los azotan con las varas y les cortan la cabeza. Entre tanto, las miradas de los espectadores están fijas en el padre; obsérvanse los movimientos de sus facciones, la expresión de su rostro, y pudo verse cómo asomaban los sentimientos paternos en medio del cumplimiento de la justicia pública (1). Después del castigo de los culpables, queriendo los romanos alejar por medio de otro ejemplo igualmente notable crímenes parecidos, concedieron por recompensa al denunciador una cantidad de dinero que pagaría el Tesoro, y además la libertad y los derechos de ciudadanía. Dícese que aquel fué el primer esclavo puesto en libertad por la *vindicta* (2); otros creen que la palabra *vindicta* viene del mismo esclavo, que se llamaba *Vindicio*. Desde entonces fué regla constante considerar con los derechos de ciudadanía á todos los manumitidos de aquella manera.

(1) Plutarco dice que las facciones de Bruto permanecieron inmóviles durante la ejecución de su hijo.

(2) La *vindicta* era una varilla que el licitor, ó mejor dicho, el pretor colocaba tres ó cuatro veces sobre la cabeza del esclavo que iba á ser declarado libre, pronunciando estas palabras: "Yo digo que este hombre es libre y ciudadano romano." Esta manumisión por la *vindicta* no solamente daba la libertad, sino también el derecho de ciudadanía.

Enterado Tarquino de estos acontecimientos, entregóse, no solamente al dolor al ver perdidas tan halagüeñas esperanzas, sino que también á la ira y al furor. Convencido de que todos los caminos estaban cerrados á la astucia y que en adelante debía hacer abiertamente la guerra, recorrió suplicando todas las ciudades de la Etruria, y sobre todo imploró á los veyos y á los tarquinios «para que no consientan que un príncipe nacido de su sangre (1), desterrado, despojado de tan poderoso reino, perezca á su vista con sus hijos en la adolescencia aún; que otros reyes habían sido llamados de país extranjero para reinar en Roma, y que él, rey ya, cuando mandaba el imperio romano por la fuerza de las armas había sido arrojado por la criminal conspiración de sus parientes; que no habiéndose encontrado entre ellos ninguno digno de reinar, habíanse repartido el reino y habían concedido al pueblo el pillaje de sus bienes, para que toda la nación tuviese parte en el crimen. Quiere reconquistar su patria, su reino y castigar súbditos ingratos. Que le ayuden; que le secunden; que venguen sus antiguas ofensas, sus legiones tantas veces derrotadas y la usurpación de su territorio.» Estas palabras conmovieron á los veyos, y cada uno contesta estremeciéndose y con voz amenazadora, que ahora al menos, puesto que un romano se les ofrece por general, deben borrar todas las ignominias y recobrar cuanto habían perdido por la guerra. La comunidad de nombre y los lazos de parentesco decidieron á los tarquinios, que consideraban honroso para ellos reinasen en Roma príncipes de su sangre. Ejércitos enviados por estas ciudades siguen á Tarquino para devolverle su reino y hacer encarnizada guerra á los

(1) Dionisio de Halicarnaso pone en boca de Tarquino, lenguaje mucho más persuasivo.

romanos. Valerio mandaba la infantería formada en cuadro, y Bruto se adelantó con la caballería, para salir al encuentro del enemigo, que había adoptado el mismo orden: su caballería marchaba también delante, y bajo las órdenes de Aruncio Tarquino, hijo del rey, y detrás venía el rey mismo al frente de las legiones. Aruncio reconoció desde lejos al cónsul por sus lictores: acércase y no puede dudar al ver el rostro de Bruto. Inflamado en cólera al verle, exclama: «Ese es el hombre que nos ha arrojado de nuestra patria; vedlo avanzar orgullosamente con los símbolos de nuestro poder. ¡Dioses vengadores de los reyes, sedme propicios!» Dicho esto aguijó al caballo y se precipitó sobre el cónsul empuñada la lanza. Vió Bruto que venía hacia él, y como en aquella época era honroso para los generales descargar los primeros golpes, salió al combate con ardor, cayendo tan ciegamente el uno sobre el otro, que atentos sólo á herir al adversario y no cuidando defender el propio cuerpo, se clavaron al mismo tiempo con golpe que atravesó los escudos, y cayendo de los caballos perecieron unidos el uno al otro por sus respectivas lanzas. En seguida trabó combate toda la caballería y á poco llegaron los peones. La victoria quedó indecisa y por ambas partes se combatió con igual valor. En los dos ejércitos el ala derecha fué vencedora y derrotada la izquierda. Acostumbrados los veyos á verse vencidos por los soldados romanos, fueron deshechos y huyeron; los tarquinos, por el contrario, enemigos nuevos, resistieron con firmeza y hasta rechazaron á los romanos, que les hacían frente.

Por consecuencia de aquel combate, apoderóse tal miedo de Tarquino y los etruscos, que los dos ejércitos, él de los tarquinos y el de los veyos, abandonaron la empresa y regresaron de noche á sus hogares. Añádense algunos hechos prodigiosos: durante el silencio de la

noche que siguió á la batalla, salió de la selva Arcia una voz formidable, creyéndose fuera la del dios Silvano. Aquella voz dijo estas palabras: «Los etruscos han perdido un hombre más, los romanos son vencedores.» Pero si es cierto que los romanos se retiraron como vencedores y los etruscos como vencidos. Cuando vino el día y no se vieron enemigos delante, el cónsul P. Valerio mandó recoger los despojos y regresó triunfante á Roma. Allí celebró los funerales de su colega con toda la pompa posible en aquel tiempo (1); pero la honra mayor del muerto fué la tristeza pública, cuyo rasgo más notable fué la resolución que tomaron las matronas romanas de llevar luto durante un año, lo mismo que por un padre, por aquel ardiente vengador de la honra ultrajada. En seguida ¡tan mudables son los afectos de la multitud! el cónsul que había sobrevivido, después de gozar del favor más grande, fué objeto de odio y hasta se vió víctima de sospechas y denigrantes acusaciones. Pretendióse que quería apoderarse del trono, porque no había tomado colega después de la muerte de Bruto, y hacía construir una casa en la cumbre de Velia (2), en paraje fortificado por su elevación y que llegaría á ser castillo inexpugnable. La indignidad de esta acusación extendida y creída por todas partes hirió vivamente al cónsul, que convocó la asamblea del pueblo, y habiendo hecho deponer los haces (3), subió á la tribuna.

(1) Dice Plutarco (*vida de Publicola*) que Valerio pronunció en aquella circunstancia la oración fúnebre de su colega, y que de aquí nació la costumbre de elogiar públicamente á los varones eminentes después de su fallecimiento.

(2) Velia era una colina en las inmediaciones del monte Palatino que dominaba al Foro.

(3) Dice Plutarco que mandó quitar las hachas de los lictores y que en las asambleas hacía deponer los haces á los pies del pueblo. Esta costumbre se conservaba en la época en que escribía Plutarco.

Espectáculo muy grato fué para la multitud ver las insignias del poder supremo abatidas á su presencia, puesto que aquello equivalía á confesar que la majestad y el poder del pueblo eran superiores á los del cónsul. Cuando Valerio hubo recomendado el silencio, comenzó por celebrar la buena fortuna de su colega, que después de haber libertado á su patria y revestido la magistratura suprema, había muerto combatiendo por la república, en todo el esplendor de su gloria, antes de que la manchase la envidia; en tanto que él, que sobrevivía á la suya, sólo había conservado la existencia para ser objeto de las acusaciones de la envidia; libertador de su patria, se le confundía con los Vitelios y Aquilios. «Cómo! exclama, ¿no habrá jamás ante vuestros ojos virtud bastante probada para que no la manche la sospecha? Yo, el enemigo más implacable de los reyes, ¿debería verme acusado de aspirar al trono? Aunque habitase en el Capitolio, en la misma fortaleza, ¿debería pensar que fuese objeto de temor por mis conciudadanos? ¿Tan débiles cimientos tiene mi fama entre vosotros? ¿Vuestra confianza en mí descansa en bases tan deleznales que os importa más saber dónde estoy que quién soy? No; la casa de Publio Valerio no será obstáculo para vuestra libertad. Velia no os inspirará temor en adelante. Trasladaré mi morada al llano; la colocaré al pie mismo de la colina, para que vosotros habitéis por encima de este ciudadano que ha venido á ser sospechoso. ¡Edifiquen en lo alto de Velia aquellos á quienes pueda confiarse vuestra libertad con más seguridad que á P. Valerio!» En seguida mandó trasladar todos los materiales al pie de la colina, é hizo edificar su casa en el punto más bajo, donde se encuentra actualmente el templo de la Victoria.

Luego propuso leyes que no solamente borrarán las sospechas levantadas contra él, sino que hasta produje-

ron el efecto contrario, haciéndole popular y debiéndolas su nombre de Publicola. Aquellas especialmente que autorizaban á los ciudadanos á apelar al pueblo de la sentencia de cualquier magistrado, y las que entregaban á los dioses infernales la cabeza y los bienes de todo el que formase el proyecto de hacerse rey, fueron muy gratas á la multitud. Después de hacer aprobar él solo aquellas leyes, con objeto de recoger toda la gloria, reunió los comicios para el reemplazo de su colega. Nombróse cónsul á Sp. Lucrecio; pero su avanzada edad no le daba fuerzas bastantes para desempeñar las funciones consulares y murió pocos días después. Reemplazóle M. Horacio Pulvilo. En algunas historias antiguas que hacen suceder inmediatamente Horacio á Bruto, no encuentro mención alguna de Lucrecio; sin duda es porque Lucrecio no ilustró su consulado con ningun hecho notable, y por tal motivo se ha olvidado su nombre. No se había dedicado todavía el templo levantado á Júpiter en el Capitolio, y los cónsules Valerio y Horacio decidieron por sorteo á quién pertenecería este honor. Recayó en Horacio, y Publicola partió á hacer la guerra á los veyos. Los amigos de Valerio vieron con inconveniente desagrado reservarse á Horacio el honor de consagrar aquel templo tan famoso, é intentaron todos los medios posibles para impedir la ceremonia, hasta que viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, hicieron anunciar al cónsul, que se apoyaba ya en la jamba de la puerta y dirigía las plegarias á los dioses, una noticia siniestra, la muerte de su hijo; añadiendo que las desgracias que afligen á su familia no permitían que se consagre el templo. Si no creyó la noticia ó tuvo bastante imperio sobre sí mismo para dominar el dolor, no está bastante averiguado ni fácilmente podrá decirse; pero sin interrumpir la dedicación, limitóse á mandar al emisario que hiciese



enterrar á su hijo, y apoyado en la jamba terminó la ceremonia. Tales fueron los acontecimientos civiles y militares del primer año que siguió á la expulsión de los reyes. En el siguiente fueron nombrados cónsules P. Valerio por segunda vez, y T. Lucrecio.

Habíanse refugiado los Tarquinos con Larte Porsena, rey de Clusino. Allí, uniendo súplicas y consejos, le pedían no consintiese que príncipes oriundos de Etruria, que tenían su misma sangre y su mismo nombre, viviesen en el destierro y la miseria. Mostrábanle «que no convenía dejar impune la costumbre naciente de expulsar reyes; que la libertad tenía demasiados atractivos por sí misma; que si los reyes no defendían con tanto ardor sus tronos como empleaban los pueblos en conquistar la libertad, muy pronto quedarían confundidos todos los rangos, no habría en los Estados distinciones ni categorías y terminaría el poder real, admirable intermediario entre los hombres y los dioses.» Persuadido Porsena de que sería ventajoso para los toscanos que hubiese en Roma un rey de raza etrusca, marchó contra la ciudad al frente de poderoso ejército. Hasta entonces, jamás se había apoderado del Senado terror tan profundo; tan temible era en aquella época el poder de Clusino; tan grande era el nombre de Porsena. No se temía solamente á los enemigos, sino á los mismos ciudadanos de Roma; porque asustado el pueblo, podía recibir á los reyes en la ciudad, y comprar la paz al precio de la libertad. Así fué que, mientras duró el peligro, el Senado empleó con el pueblo todos los medios de seducción. Ocupáronse ante todo de procurarle víveres y enviaron gentes á los volscos y hasta á Cumas para comprar trigo. El monopolio de la sal, que se vendía á precio excesivo, se retiró á los particulares y se reservó al Estado. Libertóse al pueblo de los derechos de entrada y en general de todo impuesto.

Dejóse á los ricos solamente la carga de contribuir á los gastos del Estado, puesto que podían soportarla, mientras que los pobres le pagaban un tributo demasiado elevado criando sus hijos. Esta condescendencia del Senado conservó tan bien la concordia entre los ciudadanos, hasta durante los horrores del sitio y del hambre, que los últimos como los primeros mostraron igual aversión por el nombre de rey, y en lo sucesivo nadie pudo jamás por medios ilícitos hacerse tan popular, como lo fué el Senado gracias á su prudente gobierno.

Al acercarse el enemigo, los campesinos se refugiaron en la ciudad, que quedó rodeada de numerosas guardias. Parecía bien defendida de un lado por las murallas y del otro por el Tiber, que corría entre la ciudad y los contrarios; sin embargo, un puente de madera iba á dar paso al enemigo, á no ser por un solo hombre, Horacio Cocles, que aquel día fué el único baluarte de la fortuna de Roma. Encontrábase casualmente encargado de la guardia del puente, cuando observó que se habían apoderado por sorpresa del Janículo; que el enemigo acudía precipitadamente, y que sus compañeros asustados abandonaban las filas y las armas: detuvo á algunos, opúsose á la fuga, y jurando por los dioses y los hombres, los manifestó que «en vano abandonan su puesto; que la fuga no puede salvarles; que si á la espalda dejan libre el paso del puente, muy pronto verán más enemigos sobre el Palatino y el Capitolio que hay sobre el Janículo.» Les encomienda, pues, que usen el hierro, el fuego y todos los medios posibles para cortar el puente, y que él, en cuanto puede hacer un hombre solo, sostendrá el choque de los contrarios. Lánzase en seguida á la cabeza del puente, y siendo tanto más notable verle en medio de los suyos, que volvían la espalda y abandonaban el combate, presentarse empuñando las

armas para resistir á los etruscos, asombró á los enemigos con aquel prodigio de audacia. El honor había retenido á su lado á Sp. Larcio y á T. Herminio, tan notables por su alcurnia como por su valor. Con éstos sostuvo el primer choque y el primer ímpetu de los que atacaban; pero llamándoles en seguida los que cortaban el puente, les obliga á que se retiren por un paso estrecho que de intento habían conservado. En seguida, dirigiendo amenazadoras y terribles miradas á los jefes de los etruscos, en tanto les provoca sucesivamente, en tanto les acusa á todos de cobardía, increpándoles por ser «esclavos de orgullosos tiranos y porque abandonaban la propia libertad para venir á atacar la libertad ajena.» Vacilando por algunos momentos, mirábase unos á otros, como para ver quién comenzará el combate; pero al fin sienten vergüenza todos los soldados, lanzan tremendo grito y hacen llover sobre un hombre solo una nube de dardos, que quedan clavados en el escudo con que se cubre. Cuando ven que inquebrantable en su decisión y firme en la resistencia, permanece dueño del puente que recorre con arrogante paso, procuran arrojarle sobre él y precipitarle al río; pero de pronto, el fragor del puente que se rompe y los gritos que lanzan los romanos, satisfechos por el resultado de sus esfuerzos, les hielan de espanto y les detienen en su ímpetu. Entonces exclama Cocles: «Padre Tiberino, yo te ruego que recibas propicio en tus ondas estas armas y este soldado.» Dicho esto, se precipitó armado en el río y cruzándolo á nado, en medio de nube de flechas que le lanzan desde la otra orilla sin conseguir alcanzarle, se reúne con sus conciudadanos, después de realizar una hazaña que encontrará en la posteridad más admiración que crédito. Roma se mostró agradecida á tan notable valor, le hizo erigir una estatua en el comicio y le dió tanto terreno como podía encerrar el círculo

que trazase un arado trabajando un día. A este premio público, los particulares añadieron un testimonio de agradecimiento, y durante la escasez general cada cual separó un poco de su propio alimento para contribuir, en proporción de sus recursos, á la subsistencia de aquel héroe.

Rechazado Porsena en aquel primer ataque y renunciando á apoderarse de la ciudad por asalto, convirtió el sitio en bloqueo, dejando una guardia en el Janículo, y acampando en la llanura á orillas del Tiber. En seguida reunió barcas por todos lados para oponerse á que introdujeran trigo en la ciudad, y poder pasar tropas en diferentes puntos de una á otra orilla cuantas veces se ofreciese ocasión favorable al pillaje. Muy pronto fueron tan inseguros los alrededores de Roma, que los habitantes no se limitaron á trasladar á la ciudad todos sus efectos, sino que llevaron también todos los ganados, sin que nadie se atreviese en adelante á sacarles de las puertas. Sin embargo, aquella completa libertad que los romanos dejaban á los etruscos, no se debía tanto al temor como á la astucia: el cónsul Valerio, que acechaba el momento de atacarles de improviso cuando estuviesen dispersos en numerosos grupos, dejaba impunes los pillajes poco importantes, reservando todo el peso de su venganza para ocasiones más graves. Con el propósito de atraer merodeadores, mandó á los romanos que saliesen en considerable número al día siguiente, por la puerta Esquilina, la más distante de los enemigos, llevando los ganados, persuadido de que los etruscos se enterarian por medio de los esclavos infieles que el sitio y el hambre hacía desertar á su campo. Efectivamente, un desertor informó á los etruscos, que atravesaron el río en mayor número que de costumbre, esperando apoderarse de todo aquel botín. P. Valerio envía á T. Herminio con algunas tro-